

ANDALUCÍA MITICA (VI) / LUCENA



REP. GRAFICO: J. F. FERRER

¿Dónde está la Perla de Sefarad?

Lucena fue ciertamente una 'Maqom Ysrael', una ciudad de judíos, allá entre el siglo IX y XII, durante la dominación musulmana

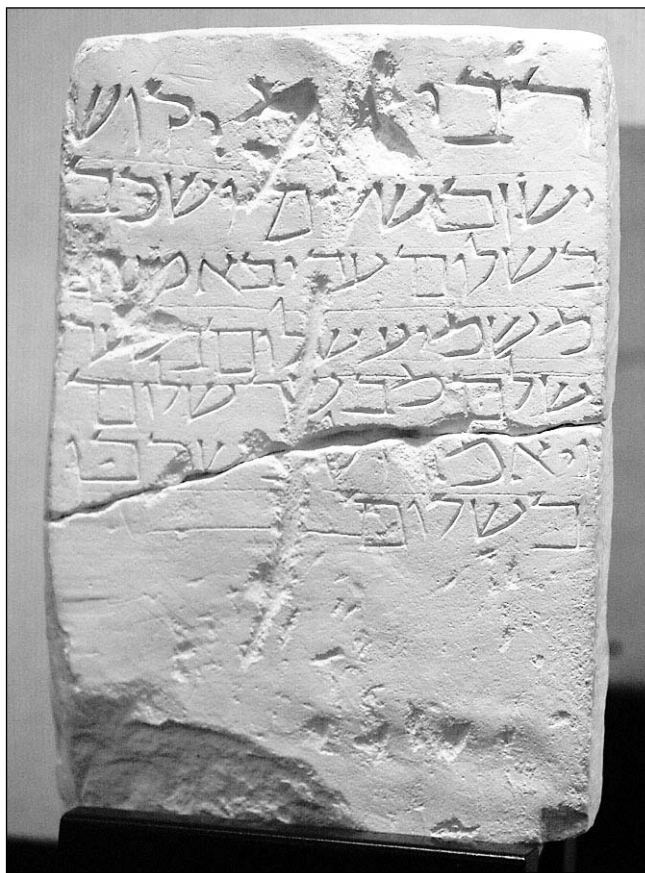
LUIS MIGUEL FUENTES

LUCENA.— Cuentan que la sentencia de muerte de Jesús de Nazaret fue consultada desde Jerusalén a los judíos de Lucena. Ellos concluyeron que «Su Majestad había sido Varón Santo, Arreglador y Milagroso, y la sentencia en su persona practicada impía y sacrilega y contra las leyes del Imperio Romano». Demasiadas advocaciones, sospechoso tono de capilla para que este mito medieval, sutil ardid sin duda, pueda sostenerse. El deicidio, ese crimen supremo e indemostrable, fue la manera que tuvo el cristianismo de tallar para siempre en una maldad de madera al pueblo judío. Pero los Evangelios se escogieron con los dados, Jesús devino en Dios después de mucho filosofar en el aire y de inventarse palomas, y la Iglesia era un espadón con medio mundo por degollar que deseaba malos directos, malos malísimos, identificables como un escorpión, malos que cupieran en una sola palabra y una sola vestimenta.

Los serfardíes del medievo, atrapados en un mundo de cristiano rudo y hostil, donde los Evangelios eran piedra escrita con el rayo, donde todavía Dios paseaba por las catedrales, los huertos y las murallas y se comía a los herejes con hueso, quizá no tuvieron otra opción que esta treta, desmarcarse suavemente del deicidio, dejarlo como un maremoto que pasó en el Oriente. Es este truco el que nos cuentan los historiadores del XVIII abusando de las mayúsculas. Pero este mito de hablarse Jerusalén y Lucena de igual a igual, como dos torreones blancos del judaísmo, nos dice mucho sobre lo que significó este lugar cordobés en el mundo hebreo.

Lucena fue ciertamente una *Maqom Ysrael*, una ciudad de judíos, allá entre el siglo IX y XII, durante la dominación musulmana. Algunos historiadores antiguos se atrevieron a afirmar que fue fundada por las gentes que trajo Nabucodonosor a España unos 600 años de Cristo. Pero separar la historia de la leyenda es difícil cuando queda sólo una arqueología mínima, alguna poesía descolgada y la correspondencia de arena cruzada con las sinagogas de Oriente. Sí es cierto que la decadencia de las academias orientales empujaron en su momento a los intelectuales judíos hacia Al-Andalus, y eso hizo de esta tierra el músculo pensante del mundo judío y de Lucena el mayor centro de estudios talmúdicos y rabínicos que tuvo el pueblo hebreo, superando en importancia en su tiempo a la Córdoba que vio nacer a Maimónides.

De aquello, queda poco o nada. Todo en Lucena parece haber querido borrar la huella judía, en un empeño que parece directamente proporcional a la grandeza de su pasado. El legado hebreo de Lucena, Eliossana, la Perla de Sefarad, es sólo una sombra en las bibliotecas: En el museo, en el Castillo del Moral donde dicen que estuvo preso Boabdil el Chi-



Estela funeraria escrita en hebreo que demuestra el pasado sefardí de Lucena.

co, unos cuantos candiles como semilleros y la reproducción de una lápida judía que parece una muela que se le cayó a la Historia, la lápida del rabí Amicos, esperando al «consolador pregonero de la paz en la puerta de Salem»; la antigua judería, sólo una estrechez sin más recuerdos, patio de vecinos muy fregado por el tiempo; frente a la iglesia de Santiago, un pequeño monumento que maltratan

«Los judíos de Lucena se diluyeron o se enmascararon, los conversos falsificaron sus apellidos igual que en tantos otros lugares»

los pájaros; en la iglesia de San Mateo, la sospecha atravesada de lánguidas Vírgenes de que aquello fue la sinagoga; la artesanía de la fabricación de velones, lámparas y candelabros judíos, más un souvenir tardío, un producto sugerido por la modernidad aprovechando la historia, que una tradición sostenida en el tiempo. Eso, y quizá algunas costum-

bres. «Pintar las fachadas en colores vivos, rosa, azul añil, amarillo, verde, eso es típicamente judío —cuenta María Teresa Ferrer, la bibliotecaria—, y también mostrar el ajuar de las novias, visitando su casa, que eso se hace todavía aquí. Y luego, claro, la broma que se dice siempre de que Lucena es una isla industrial y comercial en Andalucía». Apenas sombras y nombres. «Yo me llamo Israel, mi hermano se llama Isaac —dice Israel Huertas, de la Oficina de Turismo—. Y aquí hay mucho Samuel y mucho nombre bíblico. Y el traje de santero, de los que llevan las procesiones en Semana Santa, parece que tiene también origen judío. Y es verdad que en Lucena somos buenos comerciantes, que si no hay una relación, al menos es una curiosa coincidencia. Pero aquí, como en todos sitios, la huella judía se ha intentado borrar, fueron un pueblo maldito. Pero los judíos de aquí fueron los más inteligentes de la historia —apunta—: se dedicaron a venderle vino a

los musulmanes».

Los judíos de Lucena se diluyeron o se enmascararon, los conversos falsificaron sus apellidos igual que en tantos otros lugares, el cristianismo fue edificando sobre sus sinagogas como la forma definitiva de un aplastamiento, y lo hebreo fue tomando la presencia leve de un juego de luces que hizo una vez allí el tiempo. Pero en las noches de Pascua, puede que en Manhattan o en Buenos Aires, cuando en la casa judía se cuenta la historia de salvación de la familia desde el cautiverio, todavía sale Lucena al hablar de un antepasado heroico, quizá un perseguido que vino a refugiarse desde Córdoba o Granada, allí, a la aljama judía que compró su libertad al caudillo almorávide. «Vinieron unos judíos de Boston, derechos a Lucena, buscando sus raíces —cuenta Loli López de Ahumada—; y también unos argentinos que creían que sus antepasados estuvieron aquí, y así muchísima gente. Hasta el embajador de Israel ha venido. Pero no encontraron nada, queda muy poco aquí...».

Mañana, Cabo de Gata. 'La arena de los muertos'

La universidad de Maimónides convertida en guardería

En el recibidor, Loli tiene un cuadro con un candelabro de siete brazos. Con la huella judía casi borrada, quizá lo único que queda de ellos en Lucena es un último toque de fetichismo: el candelabro del cuadro de Loli o los que venden en las tiendas de recuerdos, un bar de copas que se llama La Sinagoga, una estrella de David azul pintada en una calle, entre misteriosa e incongruente... Y desde luego, aquella casa, la casa de Loli, la casa grande, con melancolías de señorío, con una parte alquilada para una guardería.

«Esto fue la universidad judía —afirma Loli—, de aquí salió Maimónides, y rabinos y doctores famosos. Eso dicen, que fue esta casa, esto mismo. Pero queda poco, ahí, unas columnas y nada más. Es una pena». La teoría de Loli es aventurada y sugerente, en todo caso imposible de comprobar, pero en la guardería, con los techos altos para que quepa Dios, allí, con niños por el suelo, con tortuguitas de fieltro, con arbolitos recortados, con gusanitos que dan la hora, un pórtico judío, un arco, unas columnas, un ojo sorprendido que quedó flotando.

«Muchos judíos que vienen de vacaciones se llegan por aquí, con sus gorritos y sus trencitas», asegura Emilia, la chica de la guardería. Quizá allí, donde ríen ahora los niños con eco de agua, estuvo de verdad el mayor centro de estudios rabínicos y talmúdicos del mundo hebreo, y quizá el pórtico judío sigue allí para hacer una broma de la historia junto a las bromas de papel de los chiquillos, uniendo a Dios con la infancia, que quizá son lo mismo.

Apenas nada queda de la Lucena judía, nadie sabe dónde está la Perla de Sefarad. Lucena ahora fabrica muebles y llena sus polígonos como de aserraderos muy estilizados. La Historia elige a sus malos sin piedad y los hace cenizas sin pensar que nuestro pasado debería ser bastante más que la genealogía de los que ganaron las batallas y de los dioses que triunfaron con trampa sobre otros dioses.